

se la cabeza, y doblando allá públicamente ambas rodillas, adorase al constante objeto de su ardiente amor.

Obedeciendo á la letra el consejo evangélico, todo lo había renunciado, y consiguientemente no llevaba consigo dinero, no guardaba ni poseía caudal alguno, ni ningún objeto á que se apegase, no duplicados vestidos, ni alforjas, ni bastón, todo lo había renunciado por Dios, y Dios era en el Sacramento de su amor, su único tesoro, sirviendo como esclavo á todas las almas, por amor del mismo Dios.

Esta pasión divina le hacía emprender con entusiasmo todo cuanto podía ser útil á la gloria del Señor y al bien del prójimo; le hacía celebrar las fiestas cristianas con santa alegría, rebosando en su semblante el gozo espiritual que llenaba su corazón, no obstante las penas y aflicciones, trabajos y enfermedades continuas del rostro y la dentadura que sufría. La fiesta del Divino Nacimiento del Redentor y la de su augusta y purísima Madre, el Viernes de Dolores, la fiesta del Santísimo Sacramento, las del Sagrado Corazón, Santísimo Rosario, Señor San José, San Francisco de Asís y otras, las celebraba de una manera grande y especial. En tales festividades gastaba cuanto podía en un buen coro, en magníficos altares y todo lo demás que podía contribuir al respectivo esplendor.

En fin, con la poética ternura de las almas grandes y llenas de caridad cristiana, el Venerable Padre Lector, como el Divino Maestro, dejábase rodear de los niños á quienes agasajaba con dulzura, regalaba tiernamente, enseñándoles, á la vez, por el camino de la virtud, el verdadero camino de la felicidad.



CAPITULO XI.

LOS DOS TIPOS.



POCO tiempo después de establecido el Venerable Padre Lector en el antiguo monasterio de San Antonio de Izamal, y al frente de su Tercera Orden, quiso la Divina Providencia conducir á aquella ciudad un pobre y desgraciado franciscano, del número de los que se habían secularizado, y de la clase más indigna de la benemérita Orden. El era un verdadero, aunque triste tipo, y su conocimiento nos iniciará, por eso, en el de todos los que, para su propio mal, y para el escándalo de muchos, entran sin vocación, en la vida cenovítica y sacerdotal, ó que si tienen tal vocación la traicionan vil y pérfidamente. El encuentro del ex-fraile con el Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento, que representaba el noble y verdadero tipo del buen eclesiástico, del digno monje y del santo sacerdote, no debía ser casual. Ni por un momento hemos dudado que el dedo de Dios estaba allí, á fin de que en todo tiempo pueda constar en las páginas de la historia, aquel inesperado paralelo, para que los hombres rectos é imparciales

aprendan á conocer y distinguir, que no es el mal sacerdote el tipo del sacerdocio, ni el monje indigno el de las Ordenes Religiosas, como muy á menudo lastimosamente confunden muchas pobres gentes, ora llevadas de una voluntaria ignorancia, ora de un odio y malicia particular contra la Iglesia, contra el clero y contra las Ordenes monásticas.

En cierto día del año de 1825, y antes de la hora de siesta, llegó al mesón de la ciudad de Izamal, conducido sobre pobre y rústica camilla, un enfermo acompañado de un amigo. Este, sin conocimiento ni relación alguna de qué aprovecharse, salió á la ventura en solicitud de quién pudiese venderle una taza de caldo para el enfermo que se agravaba, y que había llegado de tránsito para la capital. La puerta á que llamó era de la casa de una distinguida señora, llena del espíritu de la Hermandad de la Tercera Orden, de suerte que la virtuosa terciaria acogió con bondad al peregrino, quien al punto le refirió cómo iba acompañando á un señor eclesiástico, que repentinamente acometido en el pueblo de Tunkás de una grave enfermedad (fiebre inflamatoria), iba á Mérida para que pudiera ser curado; pero que al llegar á Izamal, ya se encontraba de tal manera grave, que creía imposible la continuación del viaje. Esto bastó para que la hermana, llena de solícita caridad, tanto más diligente cuanto que se trataba de un sacerdote, se pusiese en movimiento activo. Dijole al hombre, que ella, en aquel instante, disponía para el enfermo un cuarto con cama y todo el servicio necesario. Avisó por sí misma en el acto al Venerable Padre Lector y á los Tenientes de Cura, quienes fueron en seguida á ver al enfermo, y conducirlo á la casa en que ya se le esperaba. Había en la ciudad dos regulares médicos, y ambos fueron llamados. Sin embargo, hubo de prescindirse de los alimentos y aun casi de las medicinas, por atender de preferencia el espíritu del paciente que presentaba indicios de una muerte próxima. Pero ay! aquel desgra-

ciado era más bien hijo de Belial que de Dios, era un fraile de los que se habían secularizado, y cuya vida no correspondía á la eminente santidad del estado. Celebraba sacrilegamente la misa todos los días: no acostumbraba jamás confesarse: desde que salió del convento de San Francisco para ir á servir como auxiliar de los Curas párrocos en diferentes feligresías, había dejado en la capital una desgraciada mujer, á la que llamaba con criminal impudencia su ninfa, cómplice de su vida criminal, y unas veces iba ella á verlo á él en los pueblos en que servía, y otras bajaba él á la capital á pasar á su lado algún tiempo. Cuando se hallaban juntos en Tunkás, formaban mil proyectos de felicidad mundana, y para realizarlos, ella pasó por algunas semanas á Mérida, y él quedó á comprar tierras, casas y muebles en el lugar indicado. En esto se ocupaba aquel mal fraile é indigno sacerdote, sin temor de Dios, ni pensar en la muerte, cuando súbito le acometió el mal que iba á orillarle al sepulcro. Mas oigámosle á él referirlo en los siguientes fragmentos que copiamos, sin variar nada, de la historia inédita de sus memorias, que más adelante escribió bajo el título de *Vida y hechos de N* escrita por él mismo en verso castellano y claro, por una humorada propia de su genio*. Dice así:

“Repentinamente veo,
Que en medio de mi alegría,
Vino, por desdicha mía,
A atacarme un accidente,
Que por grados, prontamente
Me fué postrando de modo,
Que á muy pocos días, todo,
Era un puro padecer.
Pronto dejé de comer,
Me sobrevino gran sed,
Blanca como la pared
La lengua se me notaba.

.....

Viéndome en tal gravedad,
Quise á Mérida largarme,
Por ver si podía curarme.

.....
Un vecino honrado quiso,
Llevarme hasta la ciudad,
Y á la mayor brevedad
Me despedí del curato,
Dejando con sentimiento
Al cura y demás amigos,
Que fueron tales testigos
De mi triste situación.
No llevé más provisión
Que el cofre y algún dinero,
Y á mi amigo compañero,
Que afectuoso me siguió,
Y en mi compañía llegó
Hasta la villa de Izamal.
Allí se agravó mi mal,
Y á la casa-real nos fuimos,
Donde afligidos nos vimos,
El de verme agonizar,
E yo á la vez por estar
En un mesón arrojado,
Sin abrigo, sin resguardo,
Y sin amparo el menor.
Dicho amigo con dolor,
Al verme así espirar,
Fué por el pueblo á comprar
Caldo con qué alimentarme.
(Ya trataba confesarme,
Y por débil no lo hacía);
Como Dios todo lo guía,
Lo metodiza y observa,
Su providencia lo lleva
A casa de una señora

Tan piadosa, que aquella hora,
Tan luego que se informó,
Un cuarto desocupó
Con la mayor exigencia,
Y les rogó con prudencia
A los Padres del lugar,
Que me fueran á buscar
Porque me quería asistir.
Apenas me vió venir
Aquella santa mujer,
Cuando me mandó poner
Almohada, colchón y cama.
Con tal piedad, tanta gana,
Que ella misma me acostó,
Y por su mano corrió
Mi alimento y asistencia.
Mandó llamar con violencia
A un practicante que había,
Y á un ex-fraile que sabía
Un tanto de medicina.

.....
El médico se asomó;
Tan luego como me vió,
Mandó se me dispusiera,
Y que muy violento fuera,
Porque presto me moría.
*Yo, á la verdad, lo sentía,
Por sólo considerar,
La congoja y el pesar
Que á mi ninfa le aguardaba;*
Pero ya en el burro estaba,
Y era preciso sufrir."

Así era como pensando más en el culpable objeto de su vergonzosa pasión, llegaba hasta el momento de morir y comparecer ante el tribunal de Dios, un cristiano,

un clérigo, un monje, un sacerdote; pero tipo del mal cristiano, del clérigo indigno, del monje apóstata, del sacerdote sacrilego. Un tipo como éste, debe ser bien conocido desde su origen, para no confundirle con el del santo y verdadero fraile, y por eso antes de proseguir, retrocedamos, y hagamos ver por medio de él mismo, que no por una santa y verdadera vocación había entrado en la vida monástica y en el estado sacerdotal, un hombre semejante, sino por un capricho como cualquiera otro, y como quien, á modo de desatentado aventurero, abraza una carrera sólo por creer, que en ella pasará la vida más alegremente que en cualquiera otra; comprobando nosotros con esto hasta la evidencia, la verdad de lo que antes hemos sentado. Hé aquí cómo refiere en el citado manuscrito de su "Vida y hechos" nuestro desgraciado ex-fraile, la manera con que, por los años de 1812, hallándose en su juventud, entró en la vida religiosa. Dice así:

"Un joven de poca edad
No repara *en niñerías*,
Y como iba los más días
A los novicios á ver,
Bastaba para tener
Ansia por el noviciado."

Más adelante, y después de referir los preliminares de su recepción y el verificativo de ella en el convento de la Mejorada, continúa así:

"Al volver de coro ví
Que listo el barbero estaba,
Y que impaciente esperaba
Mi reverenda persona,
Porque cerquillo y corona
Que me hiciera era preciso.
Después que hizo lo que quiso
De mi cabeza el maldito,

Tuve qué darle un piquito,
Porque así la costumbre era.
Me hubieran visto quisiera
Los que mi humor conocían:
No hay duda que se reirían
Al mirarme coronado,
Con el cogote rapado,
Y en calzones y chaqueta.
Mas como nada me inquieta,
A solas lo celebraba,
Y á la vez me imaginaba
Qué para pasarlo bien
En el desmán y vaivén
De aqueste mundo inconstante,
Preciso era ser farsante,
Y representar también
Las piezas que en él se ven,
Como en teatro de comedia."

No puede expresarse con más impudente y cínico descaro, las disposiciones no sólo de mundanas miras, sino de satánicas y engañosas apariencias, con que aquel hombre entró en la vida religiosa, fingiendo consiguientemente, que renunciaba al siglo y que aspiraba á la vida perfecta de absoluto desprendimiento y de evangélica abnegación. Véase cómo se explica después de su noviciado y de haber hecho la solemne profesión. Dice así:

"El veinticinco de Abril
De mil ochocientos trece,
Con el honor que merece
Tan deliciosa ocasión,
Hice, pues, mi profesión
En manos del Superior.
.....
Aquel día se acostumbraba
Pasarlo en nuestro convento,

Y el otro con gran contento
En casa del que profesa:

.....
Se festejó con decencia
En casa mi profesión.

.....
Hicieron lo que quisieron:

Varias mozas asistieron,

E yo tierno las miraba,

Porque luego me acordaba

De mis pasadas diabluras.

Entre esas bellas criaturas

A mi chiquilla encontré,

La que al instante abrazé,

Y aunque corrida quedó,

Muy luégo se incorporó:

Nuestros tiempos recordamos,

Y amorosos conversamos

De lo que entonces pasó.

.....
Fuí al convento con presteza,

Al que llevé la cabeza

Algo más que trastornada.

.....
Al mirar mi situación,

Unas veces me decía:

Ya logré lo que quería,

Soy fraile y puedo decir,

Que así fraile he de morir.

Y otras veces congojoso,

Ese mi intrincado gozo

Se me convertía en pesar.

.....
Y siendo lo que antes era,

¿Qué diablos he adelantado?

Era también un cuidado,

Que á veces me estremecía,
Advertir que con porfía
Un año había trabajado
Por quedar esclavizado.
Porque un fraile en consecuencia,
Atendiendo á la obediencia
Que profesa riguroso,
Con nombre de Religioso,
Es un esclavo evidente
Del primer fraile imprudente
Que por más afortunado
Le toca ser su prelado."

Veamos ahora cómo se explica con respecto al venerabilísimo y tremendo ministerio del sacerdocio. Dice así:

"E yo emprendi otro negocio;
Ser sacerdote quería,
Porque á pocos días cumplía
Edad, y quería ordenarme.

.....
Se dispuso lo preciso,
Y mi buena suerte quiso,
Me ordenase el mismo día,
Que justamente cumplía
Veinte y tres años de edad.

.....
Al día siguiente, contento
Salí á pasear con mi amigo,
Porque siempre era conmigo
En todas mis opiniones.
Vagando en mil reflexiones,
Me acordé de la mocita,
A quien hice la visita, etc."

Es manifiesto, que un fraile de estas condiciones, pertenecía al número de los de la peor clase, desempeñando